



189

Lizarralde Larraza, Pello

(Zumarraga, 1956)

Desde 1980 vive en Pamplona. Trabaja como profesor de euskera, es poeta, novelista y traductor, y ha colaborado también en las letras de *Hegoko lautadaren ertzetik*, el último disco de la formación musical Balerdi Balerdi.

Suyas son la traducción al euskera de las obras de Natalia Ginzburg *El camino que lleva a la ciudad* (*Hirira doan bidea*, Igela) y *Voces de la tarde* (*Arratseko ahotsak*, Igela), así como *Todos suspirando* (*Denak hasperenka*, Igela) de Gianni Celati.

Escritor en euskera, se considera afortunado de poder escribir, aunque leer es su gran pasión y piensa que sería incapaz de sobrevivir sin la lectura. Como escritor, sus referencias son la literatura realista europea y estadounidense, señalando como referentes más claros a autores como Chejov, Cesare Pavese, Albert Camus, Faulkner o Cormac McCarthy; y entre los españoles a Ignacio Aldecoa o Luis Mateo Díez. Lizarralde ha señalado en alguna ocasión que en sus obras hay siempre encerradas un par de lo que denomina imágenes obsesivas: "Cuando una imagen que me altera me atrapa, tengo mucha paciencia y la retengo durante años".

La idea de contención, de que en literatura lo sugerido tiene tanta o más importancia que lo explícito, es otro de los rasgos estilísticos de su obra, caracterizada por una gran precisión en el uso del lenguaje y un marcado cuidado en todo lo relacionado con el punto de vista del narrador o narradores.

Empezó escribiendo en las revistas *Zeruko Argia* y *Argia*, de las que señala que le dieron la oportunidad de aprender. La primera obra que publicó fue el poemario *Hilargiaren hotzikarak* (Ustela, 1978), única tentativa poética del autor, ya que tras la misma se ha dedicado exclusivamente a la narrativa.

Esa trayectoria narrativa dio comienzo a mediados de los años 80 del pasado siglo con la publicación de su novela *E pericoloso sporgersi. Zuri beltzean* (Lur, 1984). El protagonista de la obra es un técnico que trabaja en una cooperativa, un hombre vulgar y corriente. Pese a su imagen de hombre gris, el lector va descubriendo a medida que la narración avanza que en realidad esa apariencia esconde en su seno a un asesino.

Tras esta primera novela, Lizarralde publicó *Hatza mapa gainean* (Pamiela, 1988), una historia onírica que cuenta una huida interminable. Los protagonistas, Max y Beatriz, son perseguidos por un personaje que responde al nombre de Beltza (Negro), y nada de lo que hagan, de las estrategias que utilicen, les servirá a la hora de quitárselo de encima.

El libro de relatos Sargori (Pamiela, 1994) destaca por una prosa basada en frases breves que consiguen transmitir la sensación de calor asfixiante, tal como indica el título de la obra (bochorno). Ese ambiente denso es lo primero que llama la atención del lector, en un conjunto de relatos que en su mayoría describen lugares. Lugares que llaman la atención del autor, que surgen de una imagen concreta donde Lizarralde ve, o se imagina, a unos personajes a los que persigue como si fuera con una cámara, transmitiendo al lector con gran precisión las sensaciones y percepciones que estos tienen: cómo suena una voz, qué olor impregna el espacio, cómo se mueven...

Unos años más tarde vio la luz *Un ange passe. Isilaldietan* (Erein, 1998), una obra compuesta por cuatro narraciones con una misma característica: recogen

solo lo captado por los sentidos, sin ninguna interpretación. Lo que no se dice explícitamente permanece absolutamente silenciado, es un misterio para lector. Los personajes están encadenados al momento concreto, carecen de pasado, de historia, y se muestran en una silenciosa neblina. Casi no hay anécdotas y las narraciones carecen de resolución alguna, lo que genera en el lector cierta sensación de desasosiego.

Sobre *Larrepetit* (Erein, 2002) se ha señalado que es uno de esos libros en los que todo está perfectamente ajustado, donde no hay ni una palabra de más. En la obra se narra una huída del joven Abel, apodado Larrepetit, y el gitano Joxe que se han fugado de un calabozo. Más allá del argumento, lo más significativo de la obra es que Lizarralde esconde mucha información, realiza un esfuerzo de contención, de inacción, sugiriendo mucho con poco, eligiendo lo esencial y excluyendo el resto. Ese ajustado empleo de recursos permite al lector percibir las sensaciones precisas: el aliento de los protagonistas, el crujido de un suelo de madera, las corrientes de aire, el olor de la hierba o la rendija de luz que brilla debajo de una puerta. Con *Larrepetit*, Pello Lizarralde obtuvo dos importantes premios: el Premio Euskadi de Literatura en 2003 y el Premio de la Crítica de narrativa en euskera de la Asociación de críticos literarios.

Iragaitzaz (Erein, 2008) parte de un suceso publicado en los periódicos en enero de 2006, según el cual fue encontrado en un aparcamiento el cadáver de un camionero que llevaba dos días allí, bajo su camión, sin que nadie se hubiera percatado de ello. Fiel a su estilo, Lizarralde no genera una complicada trama, sino que narra la trayectoria del protagonista de la obra a partir de sucesos en apariencia sin importancia.

Orbanak (Erein, 2012) comienza con el asesinato de la esposa de un ingeniero alemán que trabaja en la fábrica de un pueblo. Un fugitivo, que no sabemos si es o no el asesino, aparece huyendo a escondidas. Con el paisaje también como protagonista, la narración se realiza a través de dos voces (dos planos): la voz exacta y objetiva del fugitivo, y la del perseguidor que sigue su rastro. La trama es, en cierta medida, una manera de tratar sobre la evolución, el devenir del mundo tal y como lo hemos conocido, de ese mundo que continúa alimentando el universo literario y moral del autor.

La última novela publicada por Pello Lizarralde es *Elur bustia* (Erein, 2016). La obra arranca con un hombre en un polígono industrial, a la sombra de un tráiler. El lector no sabe nada de Ramiro, el protagonista de la novela, y va conociendo datos sobre él a través de la descripción de las acciones que va realizando: conoceremos que atraviesa dificultades económicas porque entra a un hostel, pide un vaso de agua y coge la colilla del cenicero. Esta técnica, la de mostrar en vez de decir, la de dejar que el lector vaya conformándose una idea precisa de cómo es el personaje ante el que está, es una de las constantes de este libro. Estamos ante la historia de un hombre que quiere volver a casa, que malvive en el camino, pero que no vende barata su dignidad. Lizarralde consigue que conectemos con el protagonista de *Elur bustia* haciendo uso de su habitual precisión en el lenguaje y contención narrativa, marcando un ritmo pausado; así logra que sintamos su sed, su hambre y, en algunos casos, su desesperación.